

obra compuesta *ex profeso*, y en que defendió victoriosamente á Maquiavelo (1), 3.º en el de 1779, el abate Galiani, de Nápoles, al que sus relaciones con los filósofos reformadores de Francia habian puesto en la confianza de sus designios (2); 4.º finalmente, casi en vísperas de nuestra revolucion vaticinada ya, el juicioso autor del elogio de Maquiavelo, que se halla á la cabeza de la edicion de sus obras, publicada en Florencia el año de 1782 (3).

(1) Publicado en Leipsick, el mismo año.

(2) Discurso compuesto para ponerle á la cabeza de una nueva edicion italiana de Maquiavelo, y publicada en Nápoles el año de 1779.

(3) Si no hubiéramos creido deber ceñirnos á las apologías que forman otras tantas obras particulares, pudieramos prevalecernos tambien de los honoríficos votos que diéron á Maquiavelo otros muchos literatos, eminentes en ciencia, tales como Mateo Toscan, Justo Lipsio, Bayle mismo, Francisco Bacon, Contelman y Monseñor Bottari, uno de los mas doctos preladós de la corte de Benedicto XIV.

§. VI.

Si es verdad que Maquiavelo haya desdeniado la religion; que la haya desterrado de sus sistemas políticos; y finalmente que haya tenido jamas las ideas de un ateista.

El último hecho con que, en la acusacion de irreligion contra Maquiavelo, se llega al mas alto grado á que pudiera llegarse, nos da motivo para recordar á nuestros lectores que ya han visto en los precedentes con que industriosa perfidia la malignidad les habia añadido cuanto era propio para agravarlos. Llevada aquí la precaucion hasta el exceso, no servirá mas que para quitar el velo enteramente al odio y perversidad de los enemigos de Maquiavelo. Temiendo que una ordinaria acusacion de irreligion, no disuadiera harto eficazmente de la lectura de sus obras, en que se hubiera descubierto toda la abominacion de sus calumnias, quisieron hacerlas irrevocablemente repugnantes, uniendo á su nombre el extremo horror que el ateismo infunde á todos.

Bayle, en cuyo diccionario bebiéron todos nuestros modernos biógrafos esta impostura es el primero que la haya acreditado; y no la acredito mas que en quanto ella convenia al sistema ateista de su obra. Habia hallado, es verdad, algunos elementos suyos en ciertos escritores anteriores; pero estos elementos no habian podido menos de parecer débiles y sospechosos á su juicioso talento; y lo que prueba que él los tuvo por tales, es que creyó deber corroborarlos con la falacia de una autoridad de invencion suya, para hacer creer que Maquiavelo habia muerto como ateista. Oponemos desde luego á este hecho un monumento histórico de la mas incontrovertible autenticidad, con el que se demuestra evidentemente que este insigne estadista murió como verdadero hijo de la iglesia católica (1); y vamos á hacer ver, por medio de sus escritos mismos, que, durante el curso de su vida, estuvo muy distante de tener las ideas de un incrédulo ó impío.

El sucesivo origen de las diversas partes

(1) Véase adelante el *Apéndice histórico*.

agravantes de la acusacion que ventilamos, es tan curioso y propio para hacerla apreciar, que no podemos menos de notar las circunstancias de esta progresion. No consistió ella, á los principios, mas que en el cargo hecho á Maquiavelo por algunos teólogos que no le habian leído bien, de no considerar la religion mas que bajo el aspecto político en su doctrina del gobierno de los estados. Irritado su zelo, y pronto á dar odiosas calificaciones á los que se apartaban algun tanto de sus opiniones, llamó *hijos de Lutero y maquiavelistas* á los estadistas que, venerando sin embargo la religion y aun invocándola en socorro de los gobiernos, no pensaban que cualquiera principado deberia gobernarse como una teocracia. No teniendo estos piadosos metafísicos idea ninguna de la ciencia práctica del gobierno de los estados, podian desaprobarnos ciertamente que Maquiavelo hubiese dicho que, no es posible conservarlos con oraciones y rosarios (2); pero podemos ser muy

(2) *Che gli stati non tenevano con Pater-Nostrum.*
Hist. Florent., lib. VII.

bien de su parecer sin faltar á la fe católica.

Debiendo convenir las máximas generales de la política á todos los países y estados, cualquiera que sea su creencia particular, no pueden considerar casi la religion mas que en general, y bajo el aspecto de la utilidad que deben sacar de ella los gobiernos. Aquellos medios suyos que, de hecho, son mas eficaces contra la perversidad de los hombres que ellos tienen que regir, consisten en la prudencia y fuerza de los gefes del estado. No es de hoy dia que se dice, sin dejar de ser irreprochable en materia de doctrina, que la religion es el suplemento de las leyes, y que por consiguiente las leyes y la fuerza que hace observarlas, la mano de la justicia y la cuchilla deben ocupar á ambas manos de los reyes. La religion, sin duda, debe hallarse presente en sus ánimos para dirigir el uso que hacen de estos dos atributos de la dignidad real; pero desgraciadamente es menester confesar que si el príncipe dejara enteramente al cuidado de la religion sola la conservacion del orden y la seguridad de su persona, sin emplear los medios cuya fuerza, con respecto

á los hombres mas sensibles á las cosas materiales que á las morales, es muy superior á la de la religion, quedaria disuelta bien presto la sociedad, y arruinado su trono. Pudimos convencernos de esta cruel verdad por experiencia en los primeros actos de nuestra revolucion, en que respetando los enemigos del trono todavía las aras, mostraron que les importaba mas comenzar despojando al monarca de su fuerza y medios coactivos. Por lo mismo el tan virtuoso como desgraciado Luis XVI, en vísperas de verse arrancar la vida por los que acababan de robarle las reliquias de su potestad progresivamente usurpada por los antecesores de ellos, recomendaba á su hijo, si en algun tiempo llegaba á reinar, que no dejara sujetar la suya. « Un rey, le decía, en su adorable testamento, aquel eterno monumento no menos de sabiduría política que de heroica piedad, un rey no puede hacer respetar las leyes y obrar el bien que está en su corazon, mas que en cuanto tiene la necesaria autoridad; de otro modo, se ve atado en sus operaciones; y no infundiendo ya respeto, es mas perjudicial que útil ».

La autoridad, y la fuerza que es la salvaguardia suya, son pues los primeros agentes de la política práctica; y Maquiavelo hubiera podido ciertamente en sus obras sobre esta materia, especialmente cuando hablaba de los antiguos romanos como de los pueblos de su tiempo y país, no considerar la religion en general mas que como un agente del segundo orden, aunque indispensable para una potestad temporal. Pero ¿se hubiera seguido de esto que él hubiera desconocido los particulares beneficios de la religion católica en los estados que la profesaban?

Notaremos aquí el segundo paso que dió, contra la reputacion de este estadista, el odio encubierto bajo las exterioridades de la piedad. Se atrevió á decir él que Maquiavelo se desdeñaba de dar entrada á la religion católica en sus sistemas de gobierno para los países mismos que habian tenido la dicha de verse iluminados con la antorcha de la fe. No hallándose algun tiempo despues harto satisfecha todavía esta hipócrita malignidad con semejante calumnia, añadió que él desechara esta misma religion en los consejos que daba á los gefes de los estados que la profesaban.

La vil impostura, ó la rencorosa ignorancia de los autores ó ecos de estas imputaciones, se hallan confundidas con los discursos mismos de Maquiavelo sobre la política enteramente pagana de los antiguos Romanos. Al hablar de su culto de los dioses falsos, no podía menos de volver frecuentemente, como por efecto de una inclinacion natural, á hacer conocer cuanto mas provechosa era á los estados la religion católica. Desde sus primeros capítulos sobre las *Décadas de Tito-Livio*, decia á sus contemporáneos: « así como la observancia del culto divino es una de las causas de la grandeza de los estados, así tambien el menosprecio de él á que nos propasamos es la causa de su ruina. El temor del príncipe no se hace necesario mas que cuando se entibia el de Dios, y que el estado se encamina hácia su disolucion (1). »

En el siguiente capítulo, volvía á la misma materia en estos términos: « Los príncipes y repúblicas que quieran preservarse de la corrupcion, deben ante todas cosas mantener en

(1) Lib. I, cap. II.

su integridad lo concierne á la religion, y hacer de modo que ello no cese nunca de ser reverenciado. No hay ningun mayor indicio de la ruina de un estado, que cuando en él vemos menospreciado el culto divino (1). » Algunas páginas mas adelante, se halla todavía este mismo Maquiavelo enagenado de admiracion y gratitud para con las órdenes de San Francisco y Santo Domingo, que acababan de restablecer en su vigor y pureza la religion cristiana, desfigurada con la mala conducta de los gefes del clero. No podia cansarse de alabar los eminentes servicios que estas órdenes habian hecho así á la iglesia y estados (2). ¿Desecha pues esta política de sus sistemas gubernativos la religion?

¡ Con que indignacion hubiera desechado Maquiavelo, como un error impío y horrible blasfemia, aquella paradoja que únicamente nuestros dias pudieron ver aventurarse por el ciudadano de Ginebra! « Que la religion del

(2) Lib. I, XII.

(3) *Discurso sobre la Primera Década de Tito-Livio*, lib. III, cap. I.

cristianismo no tiene relacion ninguna con el cuerpo político; que tan lejos ella de apegar los corazones de los ciudadanos al estado, los desapega de este igualmente que de todo lo terreno; y que no hay cosa ninguna mas contraria al espíritu social (1). » Maquiavelo testificaba por el contrario que, en tiempo de los emperadores romanos, aquellos soldados que eran cristianos, fueron los mejores y mas adictos, á causa de que los estimulaba no, como á los otros, por un fanático amor de la patria, un continuo humillo de gloria humana, sino un vivo y sagrado ardor en el desempeño de sus obligaciones. Si dijo que la religion católica no habia contribuido á la elevacion y seguridad de las repúblicas italianas de la edad media, no echaba la culpa de ello á esta religion, sino al abuso de ella á que se habian propasado, y á las malas costumbres de los principales ministros suyos. ¿Aun era posible vengarla mejor que él lo hizo del cargo dirigido contra los republicanos de su tiempo y país, de no ser tan zelosos por la libertad como

(1) *Contrato social*, lib. IV, cap. VIII.

lo fuéron los idolatras de la república romana? « Si, entre nosotros, decia, puede creerse que el mundo esté afeminado y el cielo desarmado, esto está muy léjos de nacer de la religion; sino que proviene de la bajeza con que los hombres la interpretáron segun la molicie de su educacion, en vez de penetrarse de la virtud que ella prescribe; porque si contempláramos, como ella lo desea, en la gloria y defensa de la patria, veríamos que exige que la amemos, que la honremos, y nos hagamos capaces de defenderla bien (1). » Asi pues la refutacion del ímpio aserto de Juan Jacobo, en quien nuestro siglo creyó tanta veracidad y profundidad, se hallaba, hace ya dos siglos y medio, en este mismo Maquiavelo al que, por una extravagancia calculada, afectan imputar las mayores faltas irreligiosas de nuestros dias.

No añadirémos otras citas á las que acabamos de hacer, porque ellas bastan para llenar de confusion la ignorancia ó mala fe de los que no temiéron echar sobre la memoria de

(1) *Discurso sobre la Primera Década de Tito-Livio*, lib. II, cap. II.

Maquiavelo cuanta odiosidad mas abominable puede haber en la irreligion.

§. VII.

CONCLUSION: Maquiavelo escribió cuanto es indispensable que un príncipe sepa para gobernar, no en un estado ideal, sino en uno real, especialmente á continuacion de una dilatada y violenta anarquía.

Si, despues de lo que llevamos dicho para la justificacion de Maquiavelo, se creyera hallarse todavía alguna falta, no podria ser mas que la de la ciencia experimental de la política misma, ó por mejor decir la de la perversidad de los súbditos que, todos mas ó menos en hostilidad contra los gobiernos, no le permiten al estadista caminar siempre acorde con la moral y religion. En balde el obispo anglicano Warburton (1), y el ministro pró-

(1) En su divina Misión de Moises, de que se dió en frances un resumen en dos volúmenes, con el título de *Disertacion sobre la Union de la Religion, de la Política y Moral*. Londres, año de 1742.

testante Saurin (1), que, en su calificación de calvinista frances, refugiado en la Haya, no estaba exento de las preocupaciones de Gentillet y Languet contra Maquiavelo, pretendieron que esta union de la religion cristiana con la política era posible en todos los casos. Su opinion, que por otra parte les atrae una suma estimacion, se pone, por cuantos tienen alguna experiencia del arte de gobernar á los hombres tales como ellos son, en la misma clase que el proyecto de *Paz perpetua* del buen abate de Saint Pierre. Las astucias de la maldad humana no pueden permitir la invariabilidad de una tan respetable concordia. « Si no fuera lícilo reinar mas que en cuanto se desempeñaran todas las obligaciones de la eterna justicia, y se observaran todas sus reglas, dice Plutarco, Júpiter mismo no seria idóneo para ello. »

Se ha visto que las reglas de la política son de una clase diferente de las de la moral. Así,

(1) Véase la peroracion de su sermón sobre la *Concordia de la Religion y Política*, La Haya, año de 1725.

el juzgar la conducta de la primera con las máximas de la segunda, seria pronunciar en una materia que no se entendiera. Cualquiera que ha visto de cerca el timon de un buen gobierno en accion, y con mas fuerte razon cualquiera que le ha dirigido, sabe que las reglas de la moral no le son aplicables en todos los casos. Ultimamente, si les quedara todavía alguna consistencia á las censuras que fulminaron algunos moralistas contra Maquiavelo, acabarian desvaneciéndose ellas ante la juiciosa declaracion que él hizo aun en su *Libro del Principe*. « Mi intencion, se dice alli, ha sido la de escribir cosas útiles para los que son capaces de comprenderlas, y que tienen por mas conducente portarse con arreglo á las verdades de hecho, que con arreglo á las bellas cosas que existen en la imaginacion únicamente. He querido mas hablar sobre lo que realmente es, que discurrir sobre lo que deberia ser, pero que no es, es decir, el virtuoso concurso de todos los súbditos al bien general. Muchos, en verdad, imaginaron bellas repúblicas y maravillosos principados, pero no los vieron jamas, y no son mas que qui-

meras. Hay tanta distancia entre el modo con que los súbditos se conducen, y el porte que ellos deberían observar, que el príncipe que dejara lo que se hizo de útil para hacer lo que él creyera mejor, y no pudiera serlo mas que en un orden de cosas meramente ideal, trabajaría mas bien en su ruina que en su conservación » (1).

(1) Véase adelante, cap. xv.

FIN DEL DISCURSO.

APÉNDICE HISTÓRICO.

SOBRE

LOS DETRACTORES DE MAQUIAVELO.

PARECE que la justificación de Maquiavelo exige, para ser completa, una historia seguida y circunstanciada de las diversas persecuciones á que su memoria estuvo expuesta. Esta tarea nos es muy fácil para que seamos excusables en dispensarnos de ella. Los materiales suyos se nos presentan en las notas del elogio que el caballero Florentino J. B. Baldeli hizo de este insigne estadista, y que se leen á la cabeza de las últimas ediciones italianas de sus obras. Haciendo uso de estos materiales, segun el orden cronológico, nos veremos precisados á repetir algunos hechos de que llevamos hecha ya mencion; pero no será sin que: